

Se alejó después de hacer un signo cariñoso, y Aurelia se quedó mirándole seria y muda.

Por fin expresó su pensamiento diciendo:

—¡Celos de todo y odio á cuanto yo ame! ¡Entonces querrá que abandone á Lolo!.. No, pues á Lolo no lo dejo.

III

La feliz pareja fué á ocultar su dicha lejos del bullicio de la corte, á representar el bello idilio del amor sobre el poético escenario que la naturaleza les ofrecía en una pintoresca quinta situada cerca de Getafe, nido de amor de que los dos enamorados hicieron un paraíso.

Durante un mes disfrutaron de dicha tan incomparable y tan perfecta, que Aurelia se preguntaba asombrada cómo había en el mundo quien no se casara, y Fernando decía que todos sus triunfos amorosos no le habían proporcionado la felicidad que disfrutaba en cada hora de su nueva existencia.

Por algún tiempo la embriaguez del amor no le permitió pensar en nada; pero un día recobró al fin la posesión de sí mismo: miró en torno suyo, y el propio exceso de su felicidad, aquella dicha tan completa, le asustó. Él no había creído nunca en la dicha sin nubes, ni en las perfecciones humanas, y sospechó si todo aquello sería un hermoso sueño del que habría de despertar.

¡El escéptico aparecía tras el enamorado!

¡El hombre de mundo estaba en lucha con el esposo amante!

Nuevo curioso impertinente, dudaba de lo real y temía lo imaginario.

La desconfianza, hija legítima de su fatal experiencia, le hizo observar con cuidado á aquel ángel que por tan adorado quería siempre perfecto, y á falta de *lunares* advirtió en ella ciertas reservas que le pusieron en guardia.

Al entrar alguna vez en la habitación de Aurelia, notó en ésta el azoramiento de quien teme ser sorprendida.

Otro día la vió esconder con presteza algo que le ocultaba. En vano le preguntó, afectando indiferencia, la causa de sus misterios.

Estas nimiedades eran suficientes para que Fernando, pronto á la duda, empezara á sospechar.

Su memoria le repetía á cada momento con tenaz exactitud las irónicas palabras de sus amigos.

—Velemos— se dijo— y sabré de una vez si este ángel querido es un ángel auténtico.

Víctima de esta desagradable preocupación, que le impedía descansar, pasaba horas enteras velando el tranquilo sueño de su joven esposa; pero una noche esta tranquilidad fué sustituida por agitado soñar, no cosa desagradable, sino retozona y alegre, á juzgar por sus sonrisas y ademanes. Fernando, que la contemplaba extasiado, recibió una puñalada en el cora-

zón al oír que los labios de la hermosa niña pronunciaban un nombre: Lolo.

Sintió la mordedura de los celos, y la duda tomó cuerpo.

¿Quién era Lolo?

Resolvió averiguarlo á toda costa.

Al efecto, en cuanto dejaron el lecho, halló medio de alejar á su esposa por un rato, y se puso á registrar con febril impaciencia el buró de ésta.

En uno de los cajones encontró una carta que él no conocía.

— Aquí está — se dijo trémulo de ansiedad, — aquí está la prueba.

Era una carta brevísima que sólo decía:

«Señorita: Hoy verá usted á Lolo, según desea. Todo se ha hecho cumpliendo sus órdenes. Queda á su disposición su servidora — INÉS.»

Fernando leyó veinte veces aquellas líneas, exclamando con desesperación:

— Ya no puede haber duda. Lolo es abreviado de Manolo ó de otro nombre, me es igual. Esa mujer es la vil cómplice que ejecuta órdenes secretas, y Lolo está aquí hace tiempo, pues que la carta tiene ocho días. ¡Oh, miserables!.. ¡Yo os juro que no seré un marido ridículo como mis víctimas, sino un terrible vengador! Pero ¿quién es ese hombre á quien una doméstica nombra con tan extraña familiaridad? Sea quien fuere, Aurelia sueña con él, él viene á verla. Buscaré la evidencia, y luego... me vengaré.

IV

Al mediodía, Fernando, calmado y tranquilo en apariencia, paseaba por las anchas alamedas del parque dando el brazo á su mujer.

— Tengo que darte una mala noticia, mi vida — le decía.

— Me asustas, Fernando, ¿qué es ello? — preguntó alarmada.

— Nada grave, pero sí molesto: que no me encuentro bien.

Aurelia palideció.

— Pero ¿qué tienes, qué sientes? — exclamó palpan-do su frente y sus manos.

— Mucho dolor de cabeza. Sin duda la jaqueca que padecía antes.

— Pues acuéstate en seguida.

— Sí, pero con una condición.

— ¿Cuál?

— Que te has de ir á tu acostumbrado paseo, puesto que esto no es nada, y por la noche te distraerás como de costumbre, sin hacer caso de mí.

Aurelia le miró espantada y dijo con una angustia que hizo sonreír á Fernando á pesar de sus preocupaciones.

— Y ¿quieres que no te vea en tantas horas, ni sepa siquiera cómo estás?

— Sí, hija mía, es la única manera de curarme.

La joven esposa no se conformaba. Le suplicó con tan ingenuo cariño, con tan mimosa insistencia, que la permitiera acompañarle, asegurando «que se estaría quietecita, quietecita, sin respirar siquiera,» que Santelices dudó si sería víctima de su propia suspicacia; pero al instante acudieron á su mente recuerdos del pasado, memorias de mujeres que á sus maridos engañaban con infernal astucia, y dijo bruscamente:

— Si no me prometes dejarme solo, no me acuesto.

Al decir esto, se dejó caer en un banco, disgustado de todo y de sí mismo. Ella le imitó no menos contrariada. Entregado cada cual á sus pensamientos, guardaron triste silencio. ¡Por primera vez ni uno ni otro buscaban la chispa del amor en los ojos del ser querido! ¡Espesa nube se formaba sobre sus cabezas!

Fernando se puso á trazar un nombre con su junquillo en la arena del jardín.

— ¿Qué haces? — interrogó Aurelia distraída.

— Ya lo ves, escribo. Mira.

Aurelia leyó: «Lolo.» Hizo un brusco movimiento de extrañeza y fijó sus asombrados ojos en Fernando. Este, que la observaba atentamente, se estremeció al ver su emoción, y preguntó:

— ¿Qué?

— Ese nombre...

— ¿Te es conocido?

— No.

— ¿Entonces?..

— Me extraña que lo conozcas tú.

— Y á mí me asombra tu extrañeza. ¿Te ha impresionado?

— ¿A mí? ¿Por qué?

— Por tus preguntas.

— ¡Es un nombre tan raro!

— ¿No conoces, pues, á nadie que así se llame?

Aurelia le miró con la fijeza del alma que, pronta á revelar la verdad, se asomó al cristal de los ojos buscando ansiosa la seguridad de la indulgencia. Hizo un movimiento de resolución, y luego se detuvo.

— ¿Y bien? — preguntó vivamente Fernando, que había seguido con ansiedad las impresiones de su esposa.

— No, á nadie — contestó balbuceando.

— Está bien — exclamó, levantándose con ademán de mal humor. — Hasta mañana, Aurelia; me voy á descansar. Esto no es nada, está tranquila, unas horas de sueño y todo pasó. Adiós, monina; pasea, toca el piano y distráete.

La dió un beso en la frente y se alejó.

V

Aurelia no quedó tranquila ni salió á dar su acostumbrado paseo. Fernando, oculto tras las pesadas cortinas de su balcón, acechaba todos sus movimientos, y cuando la veía subir del jardín y oía sus menudos pasitos cerca de la puerta, se acostaba rápidamente y se hacía el dormido. La hermosa niña entreabría la puerta, lo contemplaba un instante y se alejaba.

—¿Me habré engañado? — se preguntaba el pobre celoso, loco de placer.

Las sombras de la noche reemplazaron al día, y libre Fernando del temor de ser sorprendido en tan extraño espionaje, abandonó su cuarto y bajó al jardín, ocultándose como un ladrón que acecha su presa. Vaciló un instante, no sabiendo hacia donde dirigirse, y la voz de su mujer le marcó el camino. La voz salía de las abiertas ventanas del piso bajo. Allí estaban las habitaciones de recreo y de estudio de Aurelia. Fernando se aproximó, trémulo de ansiedad, y no pudiendo ver, porque la habitación estaba en esa semi-obscuridad de las noches serenas, sólo transparente para los ojos habituados á ella, escuchó.

—¡Cuánto, cuánto te quiero, Lolo mío! — decía Aurelia con su dulce voz. — ¡Monín, rico, no te descubriré, no, que tendría celos de ti y nos separaría ese cruel!

Fernando se sintió morir.

— Ese cruel soy yo — articuló. — ¡Miserables! ¡Razón tenía al sospechar que el vil estaba dentro de casa!

Escuchó de nuevo. No oyó la respuesta á tan cariñosas palabras; pero sí el chasquido de un beso, seguido de otro y otro, que sonaron en sus oídos como un toque de agonía. Toda su sangre le afluyó á la cabeza, trastornándolo por completo. Ciego, frenético, sacó el puñal de que iba armado y penetró como un rayo en la habitación por la ventana.

Se oyó un agudo grito de terror. Fernando hundió tres veces su puñal. Un cuerpo cayó en tierra. El

desgraciado se apartó, dispuesto á cerrar el paso y á destrozar al que intentara huir. Pero nadie se movía. Reinó un silencio de muerte.

VI

Fernando sintió horrible angustia. Empezó á despertar de aquel frenético delirio y murmuró con un gemido:

— ¡Dios mío! ¡Qué he hecho yo!

Encendió una luz, y su mirada recorrió febril la habitación. Junto á la ventana yacía la pobre Aurelia tendida en el suelo y estrechando entre sus brazos á un hermoso niño lujosamente vestido. Santelices palidecía horriblemente; sus cabellos se erizaron.

— ¡Aurelia, Aurelia mía! — exclamó llorando y arrojándose á su lado.

Se apresuró á desprender de sus brazos el niño.

Era un magnífico bebé de biscuit, de los que mueven los miembros, dicen papá y mamá y abren y cierran los ojos.

— ¡Miserable de mí! — gimió el pobre celoso. — ¡Me empeñé en que fuera una mujer y era una niña!

Todo tembloroso, levantó aquella pálida cabeza, reconoció el adorable cuerpo, buscando las heridas causadas por su insensatez. Afortunadamente Aurelia estaba ilesa. El bebé había sido la víctima propiciatoria, y la hermosa niña sólo sufría un desvanecimiento causado por el terror. Cuando volvió en sí, Fer-

nando la sostenía en sus brazos y la cubría de besos.

— Fernando mío, ¿tú aquí? — murmuró. — ¿Qué ha pasado? ¿Qué es esto?

— Esto es, vida mía, que la experiencia del mal engendra la desconfianza y el error; que duda de la luz quien no la ha visto nunca. Que soy el culpable y tú el juez. Perdóname.

Ella sonrió como deben sonreír los ángeles al recibir el alma de un justo en el paraíso, y tendiéndole la mano, dijo:

— Si has de quedar curado para siempre, te perdono este horrible susto. Y te presento á tu rival, á Lolo.

— ¡Qué malos ratos me ha hecho pasar!

— En realidad, yo he sido la culpable. Querías que fuera una mujer formal, y por darte gusto...

— Me ocultabas tus juegos infantiles. En mi egoísmo olvidaba que tienes quince años.

— Yo curaré al pobrecito herido y te juro que lo conservaremos siempre para que me recuerde mi culpa y tu perdón.



... inclinándose sobre el almohadón en que Julio había clavado sus rodillas, lo cubrió de besos y de lágrimas

AMELIA

I

La noche era tempestuosa y oscura; el aire cálido y bochornoso ahogaba la respiración; la atmósfera, cargada de la electricidad del calor, enviaba á la tierra relámpagos abrasadores que aumentaban el ardor de aquella angustiada noche de julio, y su brillante resplandor iluminaba en modesta habitación una escena desgarradora. Sobre humilde lecho yacía demacrado anciano en cuyo pálido rostro se veían las huellas destructoras de la muerte. A los lados sollozaban de ro-